

AL ESCRITOR PUERTORRIQUEÑO

F. DEGETAU Y GONZÁLEZ

AUTOR DE

«Juventud»

---

*Testimonio de admiración y simpatía.*



MADRID

2130.—IMPRESA Y ENCUADERNACIÓN DE AGUSTÍN AVRIAL

San Bernardo, 92 — Teléfono 3 074

1895

---

**H**ACE poco que la prensa anunciaba la publicación de la novela titulada *JUVENTUD*, original de Federico Degetau y González.

Impresionados por la lectura de ese libro, varios de sus paisanos residentes en Madrid, concebimos el proyecto de hacerle una manifestación pública de simpatía por su labor meritísima. Animados por este propósito, y después de discurrir acerca de las diversas formas en que esto podría realizarse, creímos que lo más adecuado era recoger en las páginas de un opúsculo algo de lo publicado hasta ahora por la prensa referente al libro.

Nuestro deseo de no retrasar la publicación de estas páginas, hace que nuestro trabajo resulte incompleto. Pero no queremos nosotros, los paisanos de Degetau, retrasar más esta manifestación de simpatía; y ya que respetando su modestia no hemos de hacer por

nuestra cuenta su elogio, vaya al menos lo antes posible la expresión de nuestros sentimientos á alentar en su brillante labor al ilustrado puertorriqueño.

Reciba, pues, el compatriota querido que pone su inteligencia al servicio de causas nobles y levantadas, animándolas con el calor del arte, esta demostración leal de nuestro afecto y de nuestra admiración.

*Manuel León y Parra.—José Landrón Natter.—Francisco Elzaburu.—J. R. de Vizcarrondo.—José María Loredó.—José de Vizcarrondo.—Fernando del Toro.—Francisco Maranges del Valle.—Rafael de Vizcarrondo.—José Elzaburu.—Francisco Parra.—Juan Irizarry.—Ramón Ruíz Arnau.—Gustavo Muñoz Díaz.—Rafael Cesteros.—Crescente López y Ramírez de Arellano.—Guillermo Power.—Ignacio R. Lafuente Vázquez.—Miguel Planelas Yáñez.—Rafael Pacheco.—Juan de la Huerta.—Carlos de la Huerta.—Alberto Polo Sanjurjo.—Félix Santoni.—Rafael Palacios.—Ramón Gandía Córdova.*

---

## De EL GLOBO (I).

---

JOVENTUD.—Tal es el título de la última novela del Sr. Degetau y González, la cual dentro de breves días estará á la venta. Trátase de un libro sincero, absolutamente recomendable por las delicadezas de la factura y la importancia del tema.

Publicará en breve este periódico varias crónicas literarias dedicadas al examen de las más importantes novelas que en lo que va de año han salido, y entonces será posible, con el espacio que las buenas obras de arte requieren, decir de la titulada *Juventud* el parecer que nos merezca.

Los párrafos siguientes, en que se describe una asamblea escolar, son de sabrosísima lectura, y demuestran que el Sr. Degetau y González, al escribir *Juventud*, ha hecho un libro importante en que ningún esplendor de vida falta:

\* \* \*

«La comisión correspondiente ha obtenido permiso del rector para celebrar una reunión con objeto de fundar una Sociedad *Científica y Literaria*, en la que, por medio de la discusión, se esclarezcan las ideas y se cultiven las inteligencias. Ese es, como siempre, el proyecto, domingo el día y el aula está llena.

Preside Paulino. Pepe, con la capa terciada, extiende

---

(1) Para ordenar de algún modo los recortes que forman el presente opúsculo, reproducimos primero los que principalmente dan una idea del libro y á continuación los juicios y noticias que á él se refieren.

el brazo derecho y dirige la palabra á la reunión, desde la plataforma en que está colocada la mesa :

—¡Compañeros!—dice.—La juventud es la fuerza y la energía. El agua que empuja y arrastra la nave del progreso. La experiencia forma el lecho por donde corre ese torrente, y cuando al crecimiento de las ondas y al aumento de su fuerza no puede resistir el viejo cauce, se desmoronan los terrones de sus orillas, formando obstáculos á su paso. Nosotros, que representamos esas fuerzas gigantescas de la humanidad (*¡Bravo! ¡Bravo!*—gritaron desde los bancos al oírse llamar así)—desbarataremos esos obstáculos formados por la preocupación y el miedo (*¡Bravo!*), y, arrastrándolos, los llevaremos á llenar y hacer más suaves los saltos de agua que pudieran formarse por las resistencias del viejo cauce.—(*¡Bravo! ¡Muy bien!*)

—¡Y si no saltaremos por encima!—gritó Luis.

—Y sucede, compañeros, que el montón de arena que ha sido arrastrado cien metros cree que es ya mucho andar, mientras la gota de agua piensa en el estancamiento, en los miasmas pestilentes y en la muerte, y corre afanosa en busca del infinito mar de embravecidas olas.—(*¡Bravísimo! ¡Bravo! ¡Muy bien!*)—Nosotros, como las gotas de esa corriente, tenemos al asociarnos un ideal que nos anime. ¿Cuál debe ser este? Os lo voy á decir.—(*¡Bravo! ¡Muy bien!*)

—¡Así, duro y á la cabeza!—le grita Luis desde los bancos.

—¡Olé mi niño!—exclama Celso frotándose las manos.

Pepe, después de hacer una pausa para dar tiempo á que pasara aquella explosión, continúa con la mirada llena de luz :

—Junto á un pino plantó un hombre un eucalyptus.

—¿El *eucalyptas mannífera* que produce el maná?—

preguntó un estudiante de Farmacia, que tenía el sombrero en el cogote.

—¡Silencio!—gritó Luis desde el otro lado, adelantando los puños hacia el interruptor.—¡Que se calle!

—¡Que se calle!—gritó también Paco, haciendo ademán de tirarle el sombrero.

—¡Que se calle! ¡Que se calle!—vocearon otros.

—No; el *eucalyptus resinifera*, el más grande y más esbelto de los eucalyptus—contestó Pepe, y prosiguió:—El pino era ya viejo; el eucalyptus empezaba á crecer. Se encontraron la copa del viejo pino, lánguida y exhausta, y la del eucalyptus llena de verdor y lozanía, y se entabló entre ellas el siguiente diálogo:—*El pino*. ¿Dónde vas?—*El eucalyptus*. En busca del eterno azul.—*El pino*. El azul no es eterno: con frecuencia lo tapan las nubes.—*El eucalyptus*. Las nubes, cuando aparecen, es para desbaratarse y caer á nuestros pies, regarlos y prestarnos nueva sabia para que subamos más.—*El pino*. Si tanto subes, los vientos te azotarán y te desgarrarán con su furia.—*El eucalyptus*. Al viento huracanado le temen los viejos como tú, no los que hemos nacido después y hemos encontrado en el suelo restos de los de tu generación para servirnos de abono y mucha savia propia que robustecer con él.

—¡Soberbio!—interrumpió Luis.—¡Despampanante!—añadió Ricardo.—¡Bravo! ¡Bravo!—repitieron otros.—Pepe continuó:

—*El pino*. Necio, no alcanzarás el eterno azul.—*El eucalyptus*. ¡Calla, anciano, si no lo alcanzo, me acercaré á él más que tú. Calla, que tú al caer sucumbes á tu gastado organismo, y yo subo, subo, cumpliendo la ineludible ley del progreso universal!—(¡Bravo! ¡Bravo!)

¡Compañeros! Avancemos como avanza la gota de

agua, llevando en sí la aspiración al infinito mar; subamos teniendo sobre nuestra frente la aspiración al infinito azul, que más grande que lo infinito del mar y lo infinito del espacio, es lo infinito de la idea.

La ovación fué entonces completa. Quizá muchos no supiesen por qué aplaudían; pero la fisonomía iluminada, la voz vibrante, el tono apasionado y firme del orador y lo gallardo de su actitud, le aseguraban el triunfo. Un momento después, él mismo no se acordaba ya de lo que había dicho.

Serafin Baston Ocaña, el protegido de la Condesa, que traía su discurso aprendido de memoria, creyó llegado el momento de lucirse él también. Así, pues, pidió la palabra, y cuando se la concedió Paulino, empezó á recitar, con un tono uniforme como el adoquinado de una calle recién urbanizada:

—Señores: profundamente conmovido siendo este uno de los momentos más solemnes de mi vida me levanto para suplicar á Vds. como el avecilla que llega á posarse en el florido valle en busca de alientos y fuerzas para emprender su vuelooo, (aquí respiró para tomar él aliento, y siguió en el mismo tono) para suplicar á Vds., repito, que tengan benevolencia conmigo, pues como esos seres que lo débil de su constitución necesitan las fuerzas reparadoras de lo que les rodeaaa, así yo os pido de nuevo benevolencia para sobrellevar la carga muy superior á mis débiles fuerzas...

—¡Eso es un discurso de mozo de cordel!—exclamó una voz desde el último banco.

—¡No hay tal!—objetó Celso.—¡Eso es oratoria *tísica*.

—¡Que le den arsénico!—gritó Luis.

—Si lo que el orador necesita es nuestra benevolencia, se la concedo por mi parte y que se siente á tomar

aliento ó el vuelo, pero que nos deje en paz—vociferó Paco.

—¡Orden, señores!—suplicó Paulino desde la presidencia, haciendo sonar con una moneda de dos cuartos la campanilla sin badajo que había sobre la mesa. Permitan Vds. al orador que continúe.

—¡No atentéis contra la libertad de la tribuna!—exclamó Pepe con un ademán digno de Mirabeau.

Serafín, con la voz un poco vacilante, prosiguió, por lo demás, como si nada hubiese sucedido:

—La experiencia de nuestros mayores...

—Mayores son los elefantes, *elephans maximus* de Linneo—interrumpió Luis ya fuera de sí.

El presidente, golpeando con la moneda en el borde de la campanilla, movió la cabeza de un lado á otro, á modo de cariñosa reconvención, mirando al interruptor como diciéndole:—Hombre, no des tú el mal ejemplo.

...—La experiencia nos prueba—continuó Serafín impertérrito—que cuando las humanas asociaciones...

—Yo no conozco asociaciones divinas—gritó la voz del último banco.

—Sí, señor—le contestó Celso;—hay asociaciones divinas, las de las hijas de María...

—...Cuando las humanas asociaciones se apartan de los caminos que la Providencia les ha trazado para el cumplimiento de sus altos destinos...

—¡Aquí nadie quiere destinos!—vociferó Luis.

—¡No somos cesantes!—añadió Paco.

—¡Ser cesante no es ninguna deshonra!—afirmó á voz en cuello el del último banco.

—¡Que se calle ese sacristán!—gritó Ricardo.

—¡Fuera!

—¡Que lo metan en un convento!

—¡A la cárcel con él!

El orador, al ver lo imponente y crecido del tumulto, puso fin al hilo roto de su discurso murmurando para el cuello de su camisa:

—He dicho.

Y más que sentarse, se dejó caer en el banco.

Un rato después los concurrentes comentaban la sesión á la puerta de la Universidad. La ancha acera de la calle de San Bernardo estaba ocupada por pequeños grupos que se sucedían hasta la esquina de la de los Reyes.

Una pareja de guardias de orden público dirigía miradas recelosas á aquellos animados corros, no comprendiendo que causa alguna lícita pudiera congregarse allí á tanto estudiante, cuando por la festividad del día, no eran sus obligaciones lo que provocaba aquella reunión.

Al notarlo, Pepe, haciendo un *calambour* gritó:

—Compañeros, vámonos por la calle de los... ¡Reyes abajo!

Los demás repitieron como un eco:

—Por la calle de los... ¡Reyes abajo!

—Por la calle de los... ¡Reyes abajo!

A este grito formóse un nutrido pelotón, y por la calle de los Reyes, que se abre entre la vieja casa de la esquina, de fachada amarillenta, y el ministerio de Gracia y Justicia, con sus rojos ladrillos al aire—colores atenuados de la bandera nacional—bajó aquella juventud bulliciosa, cantando la Marsellesa, cuyas notas vibrantes y sonoras, salían vigorosas de sus pechos entusiastas.

## De EL DÍA

JUVENTUD.—Tal es el título de la novela que se publicará mañana y que desde luego lleva en sí como la mejor recomendación el nombre de D. Federico Degetau y González. El autor de ensayos novelescos, tan afortunados como los que tituló *Cuentos PARA EL VIAJE*, ha acometido y realizado obra de mayores alientos en JUVENTUD, para cuyo conocimiento juzgamos preferible á todo elogio nuestro, la reproducción de uno de los fragmentos del libro.

Sea el que sigue:

\*  
\* \* \*

«El drama se titulaba *La Solución del conflicto*.

En una platea estaba Suncha, frente á ella, Paz, junto á Paz, la Condesa, en segundo término, para evitar los rayos duros de luz, manteniéndose en la media claridad que la favorecía, y detrás de Suncha, Pepe.

Tejian el argumento del drama los siguientes personajes: un marido viejo, su mujer joven y hermosa, condenada á muerte por un aneurisma; el médico, joven de talento excepcional, amigo íntimo y protegido del viejo; un muchacho simplón, sobrino del cabeza de familia, y una niña que llama *papá* á éste, aunque luego resulta que no es hija suya, sino de su señora, que la tuvo con otro antes del matrimonio.

La chica simboliza la virtud y la inocencia; la espo-

sa, la lucha entre el deber y la pasión; el sobrino mentecato, el sentido común; la deslealtad, el doctor, y el viejo cónyuge... lo de siempre. Es un hombre honrado que se casó con aquella soltera-madre y la dignificó, y ha dado carrera al joven médico, motivos sobrados para contar con la lealtad de la primera y con el reconocimiento del segundo.

Pero no ocurren las cosas así. Su protegido le traiciona involuntariamente, lo que viene á sospechar el engañado al final del primer acto, en el momento mismo en que el telón va á caer, yendo en sus sospechas más allá de la realidad.

Al decir que el médico traiciona *involuntariamente* á su protector, he querido significar que esto ocurría sin la anuencia de la voluntad misma del platónico amante, el cual no pudo evitar el desarrollo de aquella pasión funesta que le inspira la dama :

porque su ardiente hermosura  
llena de gracia y encanto,  
*hale* trastornado tanto,  
que ya llega á la locura  
de los insomnios y el llanto,

según cuenta al público el sobrino que le observa y anuncia en quintillas la catástrofe. ¿Y cómo evitarla? A Pepe se le ocurre que lo racional y lo justo sería una ley por virtud de la cual se estableciese en nuestro país el divorcio, como se ha establecido ya en casi todos los pueblos cultos; pero lo justo y lo racional no es lo que agrada á *los morenos*, para los cuales eso del divorcio es *cosa de Francia*. Lo que desean es oír hermosos y profundos pensamientos que les electricen, y así, cuando el joven médico, después de enumerar sus tormentos y sus angustias, termina diciendo :

Y luchar ya es imposible  
 que aunque conocí el delito  
 y aspiré á ser insensible,  
 resistirse no es posible  
 al turbión del Infinito,

aunque la razón pudiera no resultar muy clara para la mayoría, el público se desató en aplausos. La Condesa repitió: ¡admirable, admirable!, y no se apaciguó el entusiasmo hasta que el autor hubo salido tres ó cuatro veces á la escena.

En los entreactos acudieron varias personas al palco. Paz producía el efecto apetecido. Todos aquellos señores tenían para ella una galantería, y la confusión de la cubana divertía á la de Arete, que hallaba una frase oportuna para cada amigo.

Emilio y Serafín, que estaban en el teatro, vinieron también á saludarlas.

A Pepe le enojaba aquel entrar de gentes que le obligaba á dejar su sitio.

.....  
 Así es que cuando el telón se alzaba de nuevo, recuperaba presuroso su asiento. Su malestar desaparecía entonces, y se entregaba por completo á sus sentimientos, paseando por la sala y por la escena una mirada distraída.

El calor encendía suavemente las mejillas de la muchacha con deliciosos tonos, que hacían palidecer la cinta rosa sujeta á su cuello por un alfiler, cuya cabecita diamantina parecía una gota de rocío en su nuca hechicera.

Con las frases más apasionadas que vibrando en la escena llegaban á sus oídos, formulaba el muchacho *in petto* declaraciones amorosas para aquellas diminutas orejitas; con las piedras preciosas que centelleaban en

la sala, ostentadas por las señoras, formaba collares para su garganta; con las flores de vivo colorido que adornaban los bustos descotados, hacía guirnaldas para su cabeza de diosa griega; con el reverberar de las luces, nimbos para su frente de virgen cristiana; con los árboles de la espléndida decoración en que Busato había explotado todas las ilusiones que podía ofrecer la pintura escénica, ocultaba una casita pequeña, muy pequeña, en que sólo cupiesen muy juntos ellos dos, y con los estallidos de aplausos, soñaba glorias para hacerle, en el fondo de su casa, un pedestal á la divina hija de los trópicos, á quien Emilio había comparado, al hablarle de ella por primera vez, con un pajarillo de matizado plumaje, y en la cual él veía la paloma simbólica de todas las alegrías puras, de todos los sentimientos elevados y nobles, de todas las emociones placenteras, que hacen de la felicidad la reina del hogar y de la belleza la escanciadora de los deleites en la copa única, en el vaso sagrado, en que sólo beben dos, los encantos y las seducciones de la vida.

Pero cuando ella volvía un momento la cabeza para decir algo, así fuera simplemente, «¿te gusta, mamá?», las cadencias de su acento, le hacían encontrar enfadosa, monótona y rebuscada la armonía de los versos, duro y cortante el timbre de las voces con que las actrices los declamaban, y ante la frescura de su cutis, el nácar de sus dientes y el brillo de sus ojos, parecíanle marchitas las flores, de pasta artificial las perlas y pedazos de vidrio los brillantes. Apagábanse los aplausos para su oído y las luces para su retina. El más sublime de los panoramas, á la idea de ofrecerlo á su contemplación, imaginábalo de trapo manchado á brochazos. Todo desaparecía para no quedar más que su imagen brillando como la estrella de Belén, sobre el firmamen-

to en que fulguraba, anunciando la aparición de una nueva vida moral, ante la cual lo existente se desquiciaba, cayendo de rodillas para ofrecerle el oro, el incienso y la mirra de su muda adoración.

.....  
 Compareció por fin la *solución* que el autor preparaba, la cual consistía en la muerte del marido que, no pudiendo resistir el peso de su deshonra, se suicidaba después de declamar unas décimas, de corte elegantísimo, cuajadas de pensamientos trascendentales. Su mujer, al verlo tirarse por la ventana cae muerta á consecuencia de la rotura del aneurismæ, en tanto que el médico cierra con broche de oro la obra recitando otras décimas admirablemente versificadas, en las cuales la sentencia profunda viste la forma de la metáfora brillante.

#### De EL PAIS

JUVENTUD.—(*Del libro que con este título pondrá en breve á la venta el distinguido literato Sr. Degetau.*)

#### CAPITULO XIX

Cuando los tres se sentaron en uno de los bancos de piedra de la plazoleta, era Pepe más dueño de sí.

—Se trataría de unos versos muy lindos—dijo Sunchá.—¡Lástima que haya V. olvidado el libro! Serían probablemente—añadió en tono un tanto burlón—unos versos amorosos, dedicados á alguna muchacha...

—Sí; es decir, no.

—¿En qué quedamos?

—Se trata de una poesía... amorosa... en cierto modo... ¡ya lo creo!, pero no dedicada á ninguna muchacha, sino á un hombre.

—¿A un hombre?—preguntó Suncha sorprendida.

—Si; es decir, no. Eso depende de las ideas de cada cual.

Suncha y Tana se miraron. No entendían aquello. Y la verdad es que no resultaba muy claro. Comprendiéndolo así, dijo Pepe:

—Es una poesía inspirada por un hombre según unos, por un dios según otros. Por el hombre más divino que ha levantado su cabeza por encima de la humanidad, ó por el Dios más humano que ha podido descender del Olimpo de todas las religiones; por el más hermoso de cuantos han podido concebir y adorar los pueblos todos del universo: por Jesús de Nazareth.

Estas frases del chico, dichas con ardiente entusiasmo, disiparon las disposiciones joviales de Suncha, como los rayos del sol, al levantarse majestuoso en el firmamento, evaporan las gotas de rocío en el cáliz de una flor, y no sin un sentido interés lamentó el olvido del estudiante, diciéndole por último:

—¿Y no recuerda V. esos versos?

Tenia Pepe muy mala memoria, y sus esfuerzos por recordar la poesía *A Jesús* no le dieron gran resultado, pues, á partir de las primeras décimas, sólo pudo recitar trozos incompletos, bastante mal dichos, porque en fuerza de atender á recordarlos, el recitado salía torpe y trabajoso de sus labios.

Pero, de todos modos, aquello dió por resultado que la conversación tomara un giro muy favorable para él, puesto que le llevaba á su terreno. Se habló de las gran-

des figuras que el estudiante admiraba y de sus obras. La cubanita estaba con la atención pendiente de los labios de Pepe.

La voz del muchacho tenía una expresión extraordinaria. Cuando relataba una escena conmovedora, había en ella tonos dulcísimos; cuando un episodio terrible, acentuaciones enérgicas; ante una injusticia, apóstrofes de indignación, llenos y sonoros. Y aquella voz llegaba á los oídos de la niña revelándole un mundo completamente nuevo para ella, un mundo en el cual el alma, con alas de luz, vuela á posarse sobre lo más grande y lo más bueno que la vida ha producido. Y ella, que fuera de la placidez insignificante de su madre — sólo viva para sus recuerdos — no sabía del mundo más que lo D. Pedro decía, que podía resumirse en estas tres palabras: «maldad, egoísmo y odio», y lo que había oído á la Condesa, que podía sintetizarse en estas otras tres: «mentira, ficción é hipocresía», volaba con él á aquellas regiones purísimas, contemplaba las perspectivas suaves que Pepe iba presentándole, y sentía sobre su frente aquella especie de agua del Jordán que la iniciaba en la contemplación de un bienestar moral indefinible.

A veces, mientras el estudiante hablaba, asaltaban á la cubanita rubores repentinos; había creído encontrar algo que se refería á ella en una frase amorosa que Pepe citaba de alguno de sus autores más queridos, le había parecido que el estudiante la acariciaba con la voz, y en esas ocasiones bajaba la vista, y con aire de aparente distracción trazaba ligeros surcos con la cetera de la sombrilla en el enarenado suelo.

Esto había sucedido dos ó tres veces. Esto ocurrió cuando relataba el estudiante cómo surgió en la imaginación del casto Milton la idea de su *Paraíso perdido*,

asistiendo en Roma con su Leonora amada á una representación de *Adamo*, dada por Andrieni, actor y autor á la vez, al fantasear el chico sobre las huellas profundas que en el alma del gran poeta dejara la escena del tercer acto en que Adán y Eva, daban expresión á sus sentimientos en unos versos de incomparable dulzura, escritos en el armonioso idioma de Beatriz y del Dante. Esto ocurrió al hablarle de su autor favorito, de Victor Hugo; al comentar el idilio aquel de Bayona, cuando se encontró, siendo aún muy niño, el inmortal francés con una pequeñuela y se enlazaron las almas de los dos chiquillos en una misma corriente de profunda y vivísima atracción.

—¡Qué emociones aquellas, las de los dos muchachos! ¡Quién hubiera podido recoger una por una todas las vibraciones que los agitaban!—exclamaba Pepe.—¡Con qué gusto leeríamos hoy las páginas en que ese idilio se desarrollase! Y, sin embargo, hay momentos en que se adivina todo. Yo creo sentir á veces aquella escena como si fuera testigo de ella, pero testigo para el cual nada quedase en secreto. Me imagino la emoción dulce del que después había de escribir *El Arte de ser abuelo*, al encontrarse con la mirada limpia y brillante de la chicuela, como el titilar de Venus al apuntar una mañana de verano, y la impresión en ella de la mirada viva é inquieta del niño extranjero, que le traía en cada línea de su rostro la promesa de un porvenir de ventura, y en cada parpadeo una llamarada de gloria. Me doy cuenta de ese algo desconocido de que ellos no podían tener aún más que una vaga intuición, de ese algo misterioso que atrae y junta dos almas con la inefable ventura de una adoración mutua, valiéndose de los mismos hilos invisibles con que junta en un beso á dos mariposas suspendidas en un rayo de sol.

Entonces Suncha con su sombrilla trazó sobre la arena una curva, y después del silencio momentáneo que sucedía á estos raptos de entusiasmo del hijo de D. Rafael, el muchacho la observó, vió su turbación, temió haber sido comprendido *demasiado bien*, y fijándose en el surco trazado, le preguntó cambiando de tono:

—¿Qué es eso? ¿Estaba V. haciendo una letra?

—No. Le escuchaba á V.

—Parece una interrogación. Esto me recuerda otra anécdota del escritor maravilloso de quien hablábamos. Cuando se publicaron *Los Miserables*, Víctor Hugo se fué á un pueblecillo cerca de París. Aguijoneábale una vehemente impaciencia por saber cuál había sido el resultado de la publicación, pero deseando al mismo tiempo evitar que sus intentos fueran conocidos, puso á su editor un telegrama, en el cual no había una sola palabra. El contenido del despacho era este signo ortográfico:

?

Pepe tomó de manos de Suncha la sombrilla, y con la contera dibujó la interrogación en el suelo.

—El editor, lleno de júbilo, porque los ejemplares se vendían de un modo extraordinario, le contestó con este otro signo:

!

El estudiante trazó una admiración, y terminó su relato con la observación siguiente:

—Y es que el lenguaje se ha hecho para entendernos

con los extraños. Cuando dos almas están bien compe-  
netradas, resulta un lujo emplear palabras para expre-  
sar sentimientos.

—Niña, vámonos que ya es tarde—dijo Tana, que hasta entonces había callado.

Los tres se levantaron, y juntos se fueron los mucha-  
chos, charlando, charlando, á pesar de la observación  
de Pepe, sin duda por disfrutar hasta de lo superfluo.

—¿No es verdad, señorita de Indiano, que la vida re-  
sulta hermosa cuando es dable emplearla en beneficio  
de los demás?—le preguntaba el estudiante.

—¡Ya lo creo!—respondía ella.—En lo que se equi-  
voca V. es en llamarme señorita de Indiano. Porque yo  
no soy hija de D. Pedro. Mi nombre es Asunción, y  
llevo el apellido de mi padre Juan Pérez del Genil. Así  
es que sepa V. que me llamo Asunción Pérez del Genil.  
Eso de llamarme *Suncha* es una costumbre de fa-  
milia.

—Bien, señorita. Pero desearía saber otra cosa an-  
tes de separarnos. Le he hablado á V. con toda inge-  
nuidad, y no quisiera quedarme bajo la impresión tris-  
te de que mis ideas me hubieran hecho decir cualquier  
cosa que pudiera desagradarle.

Desagradarme, ¿por qué?

—Porque he estado hablando con un entusiasmo  
grandísimo, el que siento, de Milton el revolucionario  
inglés, y de Víctor Hugo, el revolucionario francés,  
cuyas obras son mis libros amados, y cuyos personajes  
han hablado á mi espíritu de los dolores y de los sufri-  
mientos del pueblo. Y yo que tantas veces he pensado  
con arrobamiento en caer bajo las patas de un caballo  
de la Guardia civil, gritando ¡ Viva la República! ¡ Viva  
el derecho!, con la ilusión de que el sacrificio de mi  
vida pudiese ser útil á los demás, ante el temor de las-

timar en lo más mínimo sus sentimientos, no me perdonaría á mí mismo.

— ¡Oh, no! Sus ideas de V. son, por el contrario, un título á mis simpatías — respondió ella cuando ya entraban por el zaguán.

— ¿De veras? ¿Y cómo es eso?

— ¡Otro día se lo explicaré!

— ¿Irá V. mañana al Campo del Moro?

— Probablemente.

— Pero dígame V. algo que me ayude á esperar con más paciencia... anticipeme una palabra de la explicación prometida.

— ¿Quiere V. saber por qué los revolucionarios, en vez de asustarme, me son simpáticos? Pues bien sencillo. Por lo mismo que no me llamo Indiano de apellido. Es cuanto le puedo decir ahora.

Ya introducía Tana el llavín en la cerradura, y los muchachos, estrechándose cordialmente la mano, se despidieron « hasta mañana ».

## De LA JUSTICIA

---

**JUVENTUD.**— Así se titula una novela que se pondrá en breve á la venta y es original de nuestro querido amigo el Sr. D. F. Degetau y González.

Para que nuestros lectores puedan formar juicio aproximado del valor literario de la obra del joven escritor, y sin perjuicio de exponer nuestra opinión acerca de ella, publicamos á continuación un capítulo inédito de la misma:

\*  
\* \* \*

«Pero después de la defensa de su patrocinado, acudió á la defensa de sus ideas. El abogado del ilustre colegio había ya cumplido su cometido: bajo la toga surgía ahora el hombre en defensa de su especie, en defensa del *Hombre*.

Entendía que aquel huracán de elocuencia del fiscal había dejado de ser un peligro para su defendido; pero todo huracán envuelve un semillero de peligros, y creía un deber suyo adelantarse á contrarrestarlos.

Cambiando, pues, de dirección sus ideas, y de tono sus frases, tras una ligera pausa, añadió:

—Aquí debía tal vez terminar esta defensa su informe; pero el representante del ministerio público ha cimentado su petición en afirmaciones tan peligrosas que, admitiendo la absurda hipótesis de que fueran aplicables en algún modo á mi defendido, cúmpleme razonarlas para concluir, á fin de que la Sala pueda apreciar hasta qué punto falta firmeza á la base en que descansa el edificio de sus acusaciones.

Que «mientras haya hombres que priven á sus semejantes de la vida, á sus semejantes se les impondrá el deber de pedir, de reclamar la suya en holocausto á la justicia».

Si esa teoría fuera cierta, habría que enmendar el Código donde dice que el parricida será castigado «con *la pena* de cadena perpetua á muerte», donde dice que el asesino lo será con la de «cadena temporal en su grado máximo á muerte», y, sobre todo, donde dice que lo será el homicida «con la de reclusión temporal», y para que la ley estuviese de acuerdo con lo que el Sr. Fiscal cree que es justo, habría que escribir un solo artículo que dijese: «El que prive de la vida á un semejante suyo, será condenado á muerte.»

Resulta, pues, la doctrina del Sr. Fiscal en pugna con

la idea de Justicia cristalizada con el articulado del Código. Y lo está con toda idea exacta de justicia, como lo está con la que reflejan las prescripciones de la ley.

¿Qué es esta «argolla de hierro que condiciona y precisa y determina el juicio»? Una metáfora tan brillante como inexacta. Es la ley todo menos argolla de hierro para el juicio. Es para él orientación y guía y precepto; es, si hemos de acudir á la metáfora, la veleta que en lo alto del edificio social señala la dirección de las ideas imperantes, de las corrientes que dominan en la atmósfera moral de un pueblo en los distintos momentos de su historia. Pero esas reglas que constituyen la ley, en cuanto forman un sistema racional de disposiciones, suponen una conciencia recta, y por tanto, libre en sus juicios, para interpretarla y aplicarla en cada caso. Cuando no reúne estos requisitos, ó es una veleta tan ajustada á su eje que no le es dable el menor movimiento y sufre impasible la corriente de los hechos, ó gira al azar llevando en la punta clavadas de ante mano letras que voltean con ella, indicando siempre, en uno ú otro caso, una dirección falsa. Y cuando eso ocurre, á las mismas sociedades toca atender al remedio del mal. Bien se ha visto, por lo que se refiere á nuestro caso concreto, que la ley no señala hacia donde el Sr. Fiscal miraba. En cuanto á la pena de muerte que prescribe para determinados delitos, hermoso y saludable ejemplo nos ofrecen en este punto los pueblos para quienes el cadalso no es una necesidad nacional. ¡Felices, felices ellos que no tienen en los altares de su Justicia, una Themis idolátrica que exija para su culto el sacrificio de víctimas humanas!

Buscando el apoyo de la tradición religiosa para sus doctrinas, ha abierto el señor fiscal ante nuestra imaginación el Pentateuco para recordarnos lo de «el ojo por

ojo». Como no creo que su señoría—á fuer de buen cristiano—inspire su criterio en la legislación penal del pueblo hebreo, no he de insistir sobre esto. Pero ya que nos abrió el Éxodo, permítame que sin salir del Pentateuco le presente el Génesis, para recordarle á mi vez, que cuando Caín después de su fratricidio exclama: «todo el que me hallare, me matará», le responde el mismo Dios: «No será así, antes bien el que matare á Caín siete veces será castigado.» «Y puso el Señor á Caín una señal para que no lo matase todo el que lo hallara.»

¿Que el orden no puede existir sin la intimidación del ejemplar castigo? ¿Puede decirse eso del orden en una sociedad cristiana? Para decirlo sería preciso borrar por falsa ó por nula, la afirmación de que el fundamento del edificio social descansa en el mandamiento de Jesús, «amaos los unos á los otros», declarando el absurdo de que no era entre nosotros el amor, sino el crimen, verdadera realidad. Sería necesario suprimir los diez y nueve siglos que lleva de hormiguesar sobre la tierra la flor de la humanidad, viviendo y encarnando en ella esa doctrina. Porque sólo partiendo de la anticristiana suposición de que en cada hombre, en vez de un hermano á quien amar, hay desde luego un asesino posible, un enemigo empedernido á quien asustar, es como se puede pensar que la muerte del culpable intimide y escarmiente á los criminales imaginarios que puedan presenciar una ejecución ó tener de ella noticia.

Pero sin salir de lo concreto y preciso del orden puramente jurídico y científico, de lo falso de esa virtud intimidadora atribuida á la pena de muerte, hablan no pocos hechos; citaré sólo dos. Uno, el mentís que al miedo da la estadística, al mostrarnos que los crímenes más graves no han aumentado en los países en que la pena de muerte ha sido abolida; otro, el citado por

Rolín y corroborado por el Parlamento inglés, de que de *ciento sesenta y siete* condenados á sufrirla, asistidos en sus últimos momentos por Roberts, *ciento sesenta y uno* declararon que habian presenciado ejecuciones capitales.

Y es que la horca y la guillotina no pueden moralizar, al contrario, hieren á la moral en su propio corazón. Espectáculo semejante sólo puede producir una sugestión decisiva para el mal en los seres acondicionados de una manera anormal y monstruosa por la naturaleza ó por la sociedad; una sugestión semejante á la atracción del abismo: del abismo insondable que separa la vida de la muerte...»

Al pronunciar Pepe esta frase se oía distinta y claramente la pluma de un periodista corriendo nerviosa por el papel. Tal era el silencio religioso producido por su oración.

## BIBLIOGRAFIA

---

### De LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

JUVENTUD, novela, por D. F. Degetau y González. 1893.—3, 50 pesetas.

Buena falta hacen libros como el que acaba de publicar el Sr. Degetau, en los que campeen en primer término el buen gusto y la cultura. Habría para renegar de la invención de Guttenberg, aplicada á las novelas, si de vez en cuando, entre tanta grosería, entre tanta majadería, entre tanta vulgaridad, no apareciese un libro lleno de frescura de sentimientos, de sanas tendencias, consolador, amable, como *Juventud*.

Encanta, ciertamente, encontrarse con una figura de joven como *Pepe* y con unos amores como los del joven estudiante de leyes y *Sunchita*, y es una delicia ver descritos con la gracia apacible que lo hace Degetau, aquellos *interiores* tan bien observados y reproducidos. Corre desde la primera á la última página del libro una emoción íntima que no tarda en comunicarse al lector, resultado que sólo se alcanza cuando el autor siente lo que escribe y produce obra viva en lugar de prosa muerta. No diré que Degetau haya eclipsado á Guy de Maupassant; pero, guardando todas las distancias, es, á lo que me parece, un *visual*, como él. En cambio carece, y no hay por qué sentirlo, de su *impasibilidad*, haciendo simpáticos á los buenos y empleando contra las malas pécoras la más fina sátira.—A. OÍSSO.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

### De la Revista PRO PATRIA

JUVENTUD.—F. Degetau y González.—Es una hermosa novela, escrita con facilidad y con entusiasmo. Se lee con deleite; su primera parte encanta y cautiva, y la segunda impresiona.

El Sr. Degetau, autor de JUVENTUD y también de otros excelentes libros que dió antes que éste á la prensa, debe tener un corazón muy sano, y forzosamente ha de ser hombre de fe y de ideales.

Esto es lo que principalmente resulta de la lectura de JUVENTUD.

El lector se enamora del libro y también del autor, que se refleja y transparenta con todos sus entusiasmos,

sus convicciones y sus nobles idealismos, á través de aquellas páginas deliciosamente escritas y de aquel argumento profundamente pensado.

AMANDO.

## BOLETIN BIBLIOGRÁFICO

---

### De la REVISTA CONTEMPORÁNEA

Acaso el benévolo lector de la *Revista Contemporánea* no haya parado mientes nunca en la apurada situación del encargado de este *Boletín*. ¿Sabe lo que es haber de leer quincenalmente muchedumbre de libros, folletos y revistas, para hallarse después que ni aun dispone de espacio bastante en que encerrar las impresiones sentidas? *JUVENTUD* es el último trabajo de un escritor de gran mérito; antes de aparecer en las librerías pudieron saborear nuestros lectores uno de sus capítulos (\*), galanamente escritos, y ahora, cuando debiéramos dedicar al volumen extensa crítica, cuando debiéramos decir cuánto vale y cuán grande es el interés que despierta y de qué modo tan hondo hace pensar, nos vemos precisados á anunciar sencillamente que ya puede el público gozar de sus bellezas y aprender con sus pensamientos.

A.

---

(\*) En uno de los cuadernos anteriores de esta Revista se publicó el capítulo xxxviii de la novela *JUVENTUD*.

## BIBLIOGRAFIA

Del « Boletín de la Sociedad Española de Excursiones ».

JUVENTUD.—Si conoces, carísimo lector, á Federico Degetau, si has entretenido tu imaginación con la ingeniosa trama de *El Secreto de la Domadora*, ó si has meditado algún momento en los profundos problemas expuestos, bajo forma amena é interesante, en la colección de cuentos titulados *Para el viaje*; no necesito decirte más, sino que el epígrafe que sirve de encabezamiento á estas líneas, figura en la portada de una nueva obra del referido autor, que verás expuesta estos días en los escaparates de todas las librerías. Mas si por acaso no hubieras entablado aún relaciones literarias con el distinguido escritor puerto-riqueño, si el género que cultiva te fuese desconocido, entonces permíteme que dedique unos cuantos renglones nada más á su última producción.

JUVENTUD, es un volumen en 8.º, de cerca de 400 páginas, elegantemente impreso, que revela en todos sus detalles tipográficos el cuidadoso esmero con que Degetau atiende á presentar á los hijos de su ingenio pulcramente acicalados ante las miradas del público. No se crea, sin embargo, por lo que dicho queda, que la bondad del papel y los primores de la impresión son las cualidades distintivas de la novela que me ocupa, porque esto equivaldría á decir, que bajo una brillante capa se esconde un mal bebedor, cuando justamente es todo lo contrario, porque la obra de Degetau, aun impresa en el peor papel posible y en la imprenta más pésima

de Madrid, resultaría siempre, en mi humilde concepto, una novela de buena casta, digna de ser leída por toda persona de buen gusto artístico.

No hay que buscar en *JUVENTUD* tragedias espeluznantes, crímenes á granel ó descripciones pornográficas de esas que tan frecuentes son en las producciones contemporáneas á título de estudios del *documento humano*, que con tal motivo resulta con efecto un documento, pero recogido en las carretillas de los barrenaderos, con todas las máculas propias de los papeles que á tan desdichado extremo vienen á parar. El documento estudiado por Degetau es limpio y decente. Lo mismo el fondo, delicadísima trama entretejida con singular primor, que la forma correcta y trabajada á conciencia hacen al libro presentable y admisible en todas partes, sin dejar por ello de ser atractivo en alto grado.

Algo tal vez pudiera suprimirse en la novela, que por su carácter episódico distrae algún tanto la atención en el último tercio de la narración; pero hay que tener en cuenta que Degetau es, ante todo, un profundo pensador, preocupado muchas veces con las más graves cuestiones sociales, y que esto ha de conocerse forzosamente en sus obras, sobre todo cuando acontece como en el caso de que se trata, en el que la acción de la novela se relaciona directamente con problemas tan pavorosos como la abolición de la pena de muerte; con todo lo cual, y en último extremo, nada va perdiendo el lector.

Por lo demás, los caracteres están estudiados del natural á la perfección y en todos sus detalles. Lo mismo el tipo hermosísimo de Pepe, el protagonista de la obra, que personifica la juventud con todos sus entusiasmos, que las delicadas figuras de la criolla Suncha y de su madre; las personalidades simpáticas del Dr. Sánchez y de doña Angeles, y las picarescas de la condesa de Arete

y del periodista Emilio, revelan un profundo espíritu de observación y un dominio de los recursos literarios, que dan por resultado el gran interés que inspiran los personajes que intervienen en la acción, aun los más secundarios, todos ellos dibujados de mano maestra. La parte descriptiva no le va en zaga, y páginas enteras, arrancadas del libro de Degetau, podrían, sin inconveniente alguno, intercalarse entre las de las novelas de nuestros más ilustres escritores contemporáneos.

En resumen, *JUVENTUD* es una producción que honra á la literatura patria, y abrigo la esperanza que, de ser conocida como se merece, si no proporciona á su autor los grandes rendimientos que obras de esta índole alcanzan en el extranjero, por lo menos obtendrá la consideración y el aplauso de todos los amantes de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno.

A. D. J.

## LIBROS NUEVOS

---

### De **EL IMPARCIAL**

*JUVENTUD*.—MCCCCXCV.—El Sr. D. F. Degetau y González, uno de los escritores más entusiastas de la nueva generación y autor de varios libros menos leídos de lo que en realidad merecen, porque nuestro público apenas si tiene tiempo más que para pasar un ratito en el café y otro ratito en la Plaza de Toros, ha cumplido con exceso cuanto nos prometió en 1894. No estaba entonces perfectamente definida la personalidad literaria del Sr. Degetau y González, por más que *Cuentos para*

*el viaje* revelara en ocasiones á un literato dotado de nada comunes facultades y que además toma en serio el oficio, condición indispensable para llegar á la suspirada meta. Quien haya leído *Cuentos para el viaje* y *Juventud* habrá observado los notables progresos realizados en cortísimo tiempo por el Sr. Degetau y González. Contiene el primero de los citados libros una serie de narraciones cortas, algunas de pensamiento muy hondo; pero ligeramente escritas, como para saboreadas durante un viaje en ferrocarril, en que no es posible detenerse á pensar en la resolución de intrincados problemas; en tanto que el segundo es una novela maduramente estudiada, y tan amena que se lee de un tirón sin experimentar fatiga, desde el comienzo del primer capítulo hasta la última página.

Los dos principales personajes de la fábula, Pepe y Sunchita, están bien delineados y contribuyen en gran manera á realizar el efecto que sin duda se propuso el Sr. Degetau y González.

En cuanto á la forma es excelente. La prosa del autor de *Juventud* es limpia y fácil. El Sr. Degetau y González huye, y hace bien, del ripio á que tan aficionados se muestran algunos de los prosistas contemporáneos, persuadido de que la claridad no consiste en la minuciosidad, ni la riqueza en el abusivo empleo de voces homónimas para determinar un mismo objeto.

Hora va siendo ya de que nos convenzamos de que cada palabra debe tener su significado propio y de que mal andan aquellos idiomas que designan á una misma cosa con diferentes nombres. Esta precisión de lenguaje es, en nuestra opinión humildísima, unos de los mayores meritos de Degetau y González, á quien estimulamos para que no desmaye en su carrera de literato, bajo tan brillantes auspicios comenzada.

## PUBLICACIONES

De **EL PAIS**

JUVENTUD, novela original de Federico Degetau y González.

No es este el primer libro que publica Degetau, y muy bien pudiéramos dispensarnos de juzgar al escritor, que ya ha demostrado con diferentes obras que sabe manejar el idioma con gran facilidad y galanura, y hoy goza fama de consumado estilista.

Federico Degetau es uno de los pocos hombres buenos que quedan en el mundo. Entendiendo por hombre bueno el ser muy honrado y muy bondadoso y estar enamorado locamente de los más hermosos ideales.

Por esto, cuando las cosas de la vida pasan á través de su temperamento, se empapan de cierta placidez y hombría de bien, que luego lleva Degetau á sus libros, resultando en ellos la realidad algún tanto dulcificada y embellecida, unico defecto literario del autor de JUVENTUD.

La última novela de Degetau es un hermoso libro, del que puede estar satisfecho su autor. Los amores de un estudiante con una linda cubanita dan motivo á Degetau para escribir 300 páginas pletóricas de finas observaciones psicológicas y de un encantador ambiente de juventud.

En la novela de Degetau, el tierno idilio de Pepe y Suncha puede considerarse como un segundo término, porque, en realidad, la medula del libro está en el estudio de Pepe, el joven abogado, en el análisis del me-

dio en que se forma y en el desarrollo lógico de este carácter, dibujado con gran vigor y maestría.

Se sirve Degetau de la novela para defender, una vez más, lo que con tanta brillantez ha defendido en periódicos, revistas y sociedades: la abolición de la pena de muerte, la paz y otros bellos ensueños que ocupan la atención de los espíritus justos y bien templados.

Hay en el libro de Degetau no pocas bellezas que admirar; pero queremos dejar esta gratísima tarea á los lectores, que habrán de felicitarse después de haber leído *JUVENTUD*, novela engendrada por una inspiración fresca y robusta y un sentimiento delicado y tierno.

## LIBROS NUEVOS

—

### De EL TIEMPO

*JUVENTUD*.—Así se titula un libro—preciosamente editado por cierto—que acaba de publicar el joven y distinguido escritor Sr. Degetau y González.

Conocíamos de este señor un tomo de *Cuentos para el viaje*, que vió la luz pública el año pasado, y debemos decir que, entre aquel primer trabajo puramente narrativo y elemental del joven escritor y su nueva obra, hallamos la diferencia que media entre un ensayo literario y un estudio completo, perfectamente realizados uno y otro.

*Juventud* es, ante todo, una buena prueba de los adelantos de su autor en la carrera literaria, y en todo caso una excelente novela, obra de un observador y producto de un espíritu modernista.

La síntesis del libro está en la unión de dos caracteres

que se advierten y que se compenetran á través de un ambiente extraño para ellos. Pepe y Sunchita son los dos tipos de la obra; dos retratos de cuerpo entero, esbozados con mucho color y rematados con excelente psicología.

Porque, si bien modestamente, y huyendo con gran oportunidad del exclusivismo de escuela, el Sr. Degetau hace de los caracteres de *ella* y de *él* un perfecto análisis inspirado en el propósito, esencialmente artístico, de presentar una verdadera excepción en el modo de ser de la literatura moderna, que antes apela al efectismo falso y deslumbrador que á la satisfacción del fin derechamente estético.

La prosa que campea en *Juventud* es toda ella de buena ley: tiene como mérito principal, á nuestro entender, una sencillez encantadora, y revela, según dijimos antes, un evidente progreso de su autor en el camino por donde le llevan sus aficciones artísticas.

Y si no decimos más de la obra del Sr. Degetau—que bien merece más aquilatadas y detenidas apreciaciones—es porque creemos que ya encontrará en su carrera críticos sobrados y aun de sobra.

RAFAEL SOLÍS.

## INDICE DE LIBROS

---

### De EL GLOBO

De un extenso artículo así titulado, en el cual *Arunci* se ocupa de la obra *Tradiciones sevillanas* del Sr. Cano y Cueto y de la de Degetau, tomamos los siguientes párrafos referentes á la última.

«Libros simpáticos que, respectivamente, ofrecen dos maneras diversas del ingenio.

.....

En la novela titulada *JUVENTUD* hay una sencillez artística junto á un arrebató humanitario, un tono de delicadeza y suavidad junto á cierta propensión de la fantasía multicolor hacia lo idílico, que bien claro parece que el ingenio del Sr. Degetau y González no saldrá fácilmente de hermosos campos, donde el arte y el amor y admiración que inspire serán análogos á los que ocasionen en la familia mejor avenida los lazos del origen común, ó los de la semejante historia espiritual y afectiva.

.....

De la novela titulada *JUVENTUD* poco hay que agregar de lo dicho, como no sea señalar en primer término defectos de composición muy leves, que en otros libros evitará el Sr. Degetau y González, y enumerar, por último, con toda escrupulosidad y conciencia los aciertos y gracias que se hayan advertido en éste.

Lo defectuoso de *JUVENTUD* está en sus últimas paginas, donde el protagonista de la novela, un muchacho redentorista y vibrante, defiende á un reo de delito contra el cual pide el fiscal pena de muerte.

Todos estos últimos capítulos, para un congreso de abolicionistas de la pena de muerte, serían muy útiles; pero disipan á veces el interés de una novela, cuyos dos primeros tercios agradan por la finura sentimental, la gracia delicada de los retratos juveniles y la novedad feliz en las combinaciones de datos poéticos, notables en los episodios amorosos.

Con todo esto, que es á la vez ingenuo y delicado, fresco y razonablemente afectuoso, la novela es importante y está compuesta con el equilibrio indispensable

entre el pensamiento y las habilidades de factura, que el autor, con grave perjuicio de la amenidad y el interés, parece olvidar en las páginas últimas, donde, conservando toda aquella cantidad de ideas que exponen los personajes, muy bien pudiera conseguir que éstos no perdiesen la fisonomía que á toda luz se ve en los capítulos primeros.

El Sr. Degetau y González, ya que merece y tiene asegurado el favor del público, no habrá de enojarse con quien le advierta un error leve de composición, puesto que ninguna utilidad tendrían para artista de sus méritos los anuncios bibliográficos en una falsa benevolencia.

El autor de *Juventud* ha evitado en cambio la ternura enfermiza, la expresión sentimental difusa de algunos escritores americanos, que, en efecto, son inferiores por lo que más, al parecer de ellos, engrandece á un artista; por el éxtasis contemplativo, que suele empezar en sonrisa inefable y terminar en bostezo ecuatorial.

Admita el Sr. Degetau, sin embargo de nuestras observaciones en contra, la más sincera felicitación por su novela, que el público habrá de leer con grandísimo gusto, hambriento como está de libros fáciles, de útil y bien sazonado entretenimiento. Cuando se recuerdan los muchos inconvenientes, gramaticales y de discurso, que en las obras de los novelistas españoles contemporáneos se han advertido, no es desconsolador que en la primera novela importante del Sr. Degetau y González se señale un error de composición, que sólo pueden padecer los artistas de mucho pensamiento y entusiasmo.

ARUNCI.»

## BIBLIOGRAFIA

## De EL DIARIO DE BURGOS

JUVENTUD.—Novela de D. Federico Degetau y González.—Madrid, 1895.—3,50 pesetas.

No es el Sr. Degetau y González un desconocido en la república de las letras ni mucho menos: sus novelitas *El secreto de la domadora* y *El fondo del Aljibe*, su colección de cuentos, *Para el viaje*, sus numerosos trabajos en la *Ilustración Ibérica* y en otros diarios, danle reputación bien merecida de escritor que principalmente se distingue, por dar á todas sus obras un sello especial de bondad, de tranquilidad y calma, que agradan siempre, conmueven á menudo, y hasta muy frecuentemente instruyen deleitando.

La última novela, cuyo título encabeza estas breves líneas, va por el mismo cauce y lleva los mismos rumbos que sus hermanas; pero vése en ella que el Sr. Degetau adelanta, consiguiendo cada vez dar mayor interés á sus obras. JUVENTUD es más que otra cosa (pues no es fácil determinar en ella quién es el protagonista) la historia de un estudiante, *que estudia (rara avis)*, que se instruye, que ama el bien y la ciencia, que ama también á una pobre muchacha, y que al fin de la novela puede creer en un porvenir venturoso; alrededor de ese personaje principal, ó de los principales al menos, giran los restantes, Emilio, periodista vividor, desvergonzado positivista en toda la extensión de la palabra, que hace carrera pronto; los padres del estudiante, un médico anciano y su señora, dibujados de mano maestra, una duquesa famosa por su vida desarreglada, la novia del estudiante, ideal niña americana, cuya carácter ha diseñado el autor con la simpatía del paisano.

Las escenas *universitarias*, descripciones de clases, de la Universidad, de las sociedades de estudiantes en que los futuros oradores *rompen* á hablar, están verdaderamente *hablando*, copiadas con fidelidad extremada; bien descrito también el *proceso* (como ahora decimos) del amor del joven estudiante con la americanita dulce que le comprende en seguida, y se emboba escuchando los luminosos discursos del estudiante orador y soñador también.

En resumen, y por no hacer interminable esta nota, el libro del Sr. Degetau es harto interesante, y si deseamos de verdad gente *nueva* que vaya ocupando los puestos que dejan los maestros que van desapareciendo, debemos animar á los jóvenes que, como el Sr. Degetau, con entusiasmo y constancia dedican á género tan importante como la novela, sus esfuerzos, sus facultades y su entusiasmo, y buen medio de animarlos es comprar sus obras.

Con que á ello.—E. G. C.

#### NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

De *La Ilustración española y americana*:  
 JUVENTUD, por F. Degetau y González.

El Sr. Degetau y González ha escrito varias obras literarias, que merecieron en su tiempo el aplauso de la crítica. La que ahora ha publicado, aventaja, en nuestro sentir, á todas las demás, así por la substancia que contiene, como por el estilo é interés. JUVENTUD es una bonita novela, que interesa al lector hasta el último capítulo, y que deja perfectamente probadas las dotes literarias del autor. Hay en ella tipos muy bien pensados y dibujados, y la acción conmueve siempre.—G. R.

\* \* \*

De *El Diario de Cádiz*:

**Libro interesante.**—Lo es la novela *JUVENTUD*, que acaba de dar á la estampa el Sr. Degetau y González, autor de otras notables obras literarias.

Es la historia de la vida de un joven inteligente y de noble corazón, y con ser sencillo el asunto, es tan elegante y primoroso el estilo y tan delicado y profundo á veces el análisis de sentimientos é impresiones que en ella se hace, que encanta la narración y no se deja el libro hasta haberlo concluido.

Contiene además la obra algunos cuadros y descripciones de adecuado color y buen relieve, que son una prueba más de las aptitudes del autor, al que debemos felicitar y dar las más expresivas gracias por el ejemplar que nos ha enviado.

\*  
\* \* \*

De *El Nacional*:

*JUVENTUD.* — *Novela original de D. Federico Degetau.*

Este escritor ha logrado hacer con un relato sencillo una bonita novela, en la que, si no abundan los análisis psicológicos ni las durezas de la escuela naturalista, hay pasiones sencillas, que tal vez por esto mismo son reales y humanas.

Sin ser ésta una de esas novelas trascendentales, de pensamientos profundos ni de filosofía social, constituye una narración que se lee con gusto.

Acaso la mejor recomendación que en pro de la obra últimamente publicada por el Sr. Degetau puede hacerse, es la de su misma naturalidad y sencillez.

El lenguaje en que la novela está escrita, sin ser una de esas filigranas de dicción, es bastante correcto.

Y esto no puede decirse de otras muchas novelas.

\*  
\* \* \*

De *El Motín*:

Se ha publicado y puesto á la venta en las principales librerías al precio de 3,50 pesetas, una interesante y bien escrita novela titulada JUVENTUD, del conocido literato Sr. Degetau y González.

Recomendamos su lectura, porque la obra merece ser conocida.

\*  
\* \*De *La Gran Vía*:

JUVENTUD.—Nuestro querido amigo el Sr. Degetau y González, ha publicado una interesante novela con este título, la cual abunda en situaciones de efecto y está muy bien escrita: la edición es sencilla y elegante, y la cubierta de un buen gusto irrepachable.

\*  
\* \*De *Don Quijote*:

El conocido novelista Sr. Degetau y González, nos ha dado una nueva prueba de su talento, con la publicación de su hermoso libro JUVENTUD.

\*  
\* \*De *El Mensajero antillano*:

JUVENTUD, por Degetau y González.—Acusamos recibo por hoy de esta novela, que seguramente responderá al crédito literario de su autor, y en uno de nuestros próximos números emitiremos el juicio que nos merezca.

\*  
\* \*Del *Madrid Cómico*:

JUVENTUD, novela de costumbres contemporáneas, del notable escritor D. F. Degetau y González, que demuestra en ella sus dotes de observador y estilista.

---